

## HISTORiar LA LITERATURA DE LA NACIÓN. FRANCISCO PIMENTEL Y LAS LENGUAS INDÍGENAS

Mónica QUIJANO VELASCO\*

La revisión de la construcción de la idea de la literatura nacional en México implica incorporar una reflexión sobre las literaturas escritas en otras lenguas, entre las que se encuentran las llamadas “literaturas en lenguas indígenas”, en un contexto donde la historia literaria, como práctica letrada, ha trabajado, por lo general, con los procesos de las producciones cultas escritas en castellano, ignorando o minimizando la importancia de otros sistemas literarios desarrollados en el territorio nacional.

Un recorrido por las historias que se han realizado de la literatura mexicana hace visible la ausencia de producciones en lenguas originarias. En todo caso, cuando estas aparecen, lo hacen a partir de un orden teleológico —orquestado a fines del siglo XIX—, en el que encontraron su muy preciso lugar en la historia literaria: la época precolombina.<sup>1</sup> En algunas historias actuales, los trazos de estos sistemas aparecen en el siglo XVI y XVII, para luego irse perdiendo con el paso del tiempo y “emerger” en la época contemporánea.<sup>2</sup>

\* Profesora e investigadora, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

<sup>1</sup> La publicación de historias literarias panorámicas en México no ha sido muy abundante. El primer proyecto de elaboración de una historia literaria nacional fue el de Francisco Pimentel (1894), quien sitúa el origen de la literatura mexicana en el siglo XVI. En 1909 se publica la obra inconclusa de José María Vigil, en la cual ya se toma en cuenta el polo “indígena” del origen de la literatura nacional. Durante el siglo XX, las principales visiones panorámicas integran ya a las literaturas precolombinas. Tal es el caso de las historias de González Peña (1928); Jiménez Rueda (1960) y García Rivas (1971). En la misma tónica se encuentra la serie de manuales publicados por la editorial Alhambra: Miguel León-Portilla, *Historia de la literatura mexicana. Periodo prehispánico* (1989), Margarita Peña, *Historia de la literatura mexicana. Periodo colonial* (1989), Eva Lydia Oseguera de Chávez, *Historia de la literatura mexicana. Siglo XIX* (1990).

<sup>2</sup> Tal es el caso de la perspectiva propuesta en la serie *Historia de la literatura mexicana: desde sus orígenes hasta nuestros días*, bajo la iniciativa de Beatriz Garza Cuarón, de la cual sólo se publicaron tres volúmenes dedicados al periodo novohispano. En cuanto al estudio del “resurgimiento” durante el siglo XX de las literaturas en lenguas originarias, destaca la labor pionera de Carlos Montemayor en las décadas de 1980 y 1990.

Esta visión teleológica se construyó a partir de una idea de “unidad” de la literatura nacional que, en un inicio, tuvo la función de crear un consenso que permitiera integrar a grupos heterogéneos en un orden nacional común.<sup>3</sup> La concepción del sistema literario como unidad trajo consigo que, a pesar de la diversidad lingüística y formal de los sistemas literarios, se haya creado un linaje donde los textos en lenguas indígenas, mayormente producto de transcripciones orales, quedaron situados en el origen de la “nación” como “literaturas antiguas”, ocupando el lugar de uno de los polos (al inicio negado, como veremos a continuación) que permitió la consolidación de una identidad mestiza. Esta mirada se reforzó bajo la llamada “ideología del mestizaje”, articulada desde la antropología y las políticas del estado posrevolucionario mexicano, sobre todo entre 1930 y 1950. Así es como, por lo general, la incorporación de las llamadas literaturas indígenas a la literatura nacional tuvo lugar en el seno del indigenismo posrevolucionario, justamente como un mecanismo de “incorporación” de la cultura precolombina en cuanto cimiento de la identidad nacional.

Sin embargo, esta incorporación está ya presente, en términos de la “historiografía” literaria, en una de las primeras historias literarias mexicanas, elaborada por José María Vigil (1829-1909).<sup>4</sup> En ella, el escritor jalisciense se adscribe a la narrativa del “mestizaje” que se afianzará durante el indigenismo posrevolucionario, ya que integra, como parte de la historia literaria nacional, tanto a la literatura náhuatl (sus orígenes amerindios) como a la colonial (sus orígenes hispanos, ya integrados, por ejemplo, en el proyecto historiográfico de Francisco Pimentel). Los textos que Vigil “incorpora” del náhuatl son algunos cantos recopilados en *Romances de los señores de la Nueva España* de Juan Francisco Pomar (1582) y en los *Cantares mexicanos* incluidos como una sección en la parte final del *Códice Florentino* de Sahagún publicado en 1585. Estos últimos habían sido “redescubiertos” por Vigil cuando fue director de la Biblioteca Nacional hacia la década de 1870. Una selección fue traducida por Daniel G. Brinton del náhuatl al inglés, y esta traducción será retomada posteriormente por Vigil para proponer sus reflexiones sobre estas literaturas en el primer capítulo de su historia. En este autor pues, podemos encontrar ya “operando” el modelo del mestizaje pensado, en la misma época y desde otras perspectivas, por Andrés Molina Enríquez<sup>5</sup> y otros ideólogos del porfirismo tardío.

<sup>3</sup> Esta idea de la formación de la literatura nacional como “unidad” se basa en las reflexiones que, para el sistema literario peruano, propuso Antonio Cornejo Polar (1983).

<sup>4</sup> La obra, bajo el título de *Historia de la literatura mexicana*, se publicó de manera póstuma e inconclusa tras su muerte en 1909.

<sup>5</sup> Me refiero al libro *Los grandes problemas nacionales* (1909).

El gesto de Vigil es elocuente, en el sentido de que permite “identificar” el momento en el que la idea teleológica de una literatura nacional que tiene sus orígenes en la época prehispánica es ya asimilada a la narrativa literaria de la nación. Pero esto, por supuesto, no fue siempre así. Hay que remontarse unas décadas atrás, para indagar cómo fue perfilándose la idea de una síntesis entre estos dos polos fundacionales. Para ello propongo revisar, en este artículo, la obra de Francisco Pimentel (1832-1893), ya que su postura frente a lo que podríamos llamar el “legado indígena” es fundamental. Lo que rastreo en ella no es la “presencia” de la idea de la existencia de la ‘literatura indígena’, pues esta se encuentra ausente del *corpus* de la literatura nacional que él mismo propuso, ya que, para Pimentel, sus orígenes se hallan en el periodo virreinal. Sin embargo, la “huella” de ese pasado precolombino se manifiesta como la idea de un “pasado” que se quisiera superado, pero que acecha y emerge en los momentos menos esperados. Esta aparición intempestiva debe situarse en el amplio contexto de los levantamientos de pueblos identificados como “indígenas”, iniciados a fines de la década de 1840, y que serán denominados en la época como “guerras de castas”. Podríamos sintetizar la postura de Pimentel como la del filólogo-arqueólogo que busca “recuperar” la pureza y relativa grandeza de ese pasado para mostrar su diferencia fundamental con respecto al presente de la nación.

Herederero de una rica familia de hacendados de Aguascalientes, Pimentel fue sociólogo, filólogo, historiador y crítico literario. Perteneció a la generación de “Joaquín García Icazbalceta, José María Vigil y Vicente Riva Palacio con los cuales tenía mucho en común” (Semo, 1995: 12).<sup>6</sup> Todos ellos, a pesar de sus diferencias ideológicas, fueron descendientes de “familias acaudaladas” y, en ese sentido, recibieron una educación privilegiada. La riqueza de la familia permitió a Pimentel dedicarse a los estudios sin tener que preocuparse por encontrar medios de subsistencia. Esto le dio una relativa “autonomía” respecto del poder político, aunque, por razones más ideológicas que económicas o políticas, participó durante dos años en el gobierno de Maximiliano de Habsburgo. Enrique Semo lo califica como “el pensador más lúcido de los hacendados ilustrados” (1995: 12) y, en efecto, su posición social será determinante para entender su postura ante el llamado “problema indígena”, vinculado con la defensa de los procesos de modernización y la cuestión de la tenencia de la tierra. En su época fue valorado y reconocido por un ambicioso proyecto filológico (el primero en su tipo), que dio a conocer bajo el título de *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México o tratado de filología mexicana*, publicado por primera vez en 1862 y reeditado en una versión corregida y aumentada en 1874. Asimismo, emprendió otro am-

<sup>6</sup> Me baso en el estudio introductorio de este autor para los datos biográficos de Pimentel.

plio proyecto, el de una *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México, desde la conquista hasta nuestros días* publicado en 1885, de la cual sólo alcanzó a preparar la sección dedicada a los poetas. Beatriz Garza Cuarón considera esta última como la primera historia sistemática de la literatura mexicana (1990: 265).

Ahora bien, para poder situar la postura de Pimentel desde la perspectiva que aquí me interesa trabajar, es decir, la de la integración (o distanciamiento) del pasado prehispánico y de su legado literario y cultural a la narrativa de la nación, no podemos desvincular estas dos grandes síntesis de los saberes de la época, humanistas y eruditas, de otro estudio, de corte sociológico y carácter aparentemente distinto: me refiero a su *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y medios para remediarla*, publicada en 1865, justo un mes después de la llegada de Maximiliano a México, a quien, además, dedica el texto. El acercamiento a la obra de Pimentel que a continuación presentaré busca leer su interpretación sobre el legado indígena como un plan integral, donde la lengua, la cultura, la economía y la identidad nacional mantienen una relación inextricable.

La *Historia crítica de la poesía en México* sitúa el origen de la literatura nacional en la época colonial. Antes de este periodo no se registra nada. Si bien Pimentel domina las fuentes del XVI sobre la cultura náhuatl (la más conocida y trabajada), es decir, la obra de Torquemada así como la de los texcocanos Fernando de Alva Ixtlióchitl y Juan Bautista Pomar; si bien ha leído con detenimiento a Prescott (1843) así como las *Memorias de la Academia Mexicana* donde su cuñado, García Icazbalceta, discute la autenticidad de las poesías de Nezahualcóyotl, Pimentel decide “ignorar” esta cuestión o, más bien, rechazarla. En esto su postura es clara: niega que en estas lenguas haya habido literatura, a la cual define bajo los criterios de la estética hegeliana como “la representación sensible de lo bello real” (Pimentel, 1903, IV: 7). Sólo hará dos concesiones a algo que podría asimilarse a una literatura “escrita” en lenguas originarias, la primera será la que denomina “indo-hispana” y a la cual le dedica un breve apartado en su *Historia* (1903, IV: 63-64). Se trata, para Pimentel, de un “género mixto”, de textos vinculados con la misión catequista emprendida por las órdenes religiosas, compuestos de dos elementos: “generalmente un idioma indígena y arte poético europeo; pero algunas veces, sólo las ideas, el asunto pertenecían a la nación conquistadora, mientras que el idioma y el arte métrico eran americanos” (IV: 63). La otra es una referencia a la primera y muy libre traducción de algunos poemas recogidos en los *Cantares mexicanos*, bajo el título de *Los aztecas. Poesías tomadas de los antiguos cantares mexicanos* publicada por José Joaquín Pesado en 1884. Si bien en este repaso de la obra de Pesado Pimentel acepta (sin explicarlo mayormente) la existencia de una

“poesía azteca” cuyo estilo es caracterizado como: “vivo, brillante y figurado, al modo oriental, con personificaciones y símiles de los objetos naturales” (IV: 61), en la nota 3 inserta al final del capítulo insiste nuevamente en la “nula influencia” de los antiguos mexicanos para la cultura nacional actual, avanzada en el primer capítulo de su *Historia* (IV: 64).<sup>7</sup>

Más allá de estas referencias a manifestaciones literarias de los “antiguos mexicanos”, de carácter devoto, civil o dramático (pero de escaso o nulo carácter estético), la literatura nacional, para Pimentel, es aquella escrita en castellano:

La literatura de México propiamente dicha, desde que se hizo la conquista, es la que consta de arte europeo e idioma castellano, porque éste es el dominante en nuestro país, en todas materias [*sic*], en lo oficial, lo científico, lo literario y el trato común, mientras que los idiomas indígenas se han convertido o se van convirtiendo en lenguas muertas, con la circunstancia de carecer de literatura [...]. Esto supuesto, lo que nos queda de la literatura indo-hispana más bien debe considerarse como una parte de la lingüística [...] (1903, IV: 63).

Es claro, en esta cita, que el estudio de las producciones discursivas prehispánicas tiene entonces otro fin, distinto al de su inclusión en la historia literaria nacional: el del rescate filológico de la lengua. Esta es la empresa a la cual dedica varios años de su vida, y de la cual publica la versión final, en dos volúmenes, en 1874. Se trata del *Tratado de filología mexicana*, estudio que, siguiendo el modelo de la filología europea,<sup>8</sup> propone un cuadro comparativo de todas las lenguas indígenas conocidas del país. Lo que hace Pimentel en este tratado, más que un análisis empírico o de campo, es una síntesis bibliográfica y una revisión crítica de todo lo que se había escrito sobre estas lenguas hasta el momento:

Los materiales que hoy poseemos sobre las lenguas de México son gramáticas, diccionarios y escritos religiosos hechos por los misioneros, en su mayor parte. En el tiempo que escribieron, la gramática estaba muy atrasada, de modo que no tenían, generalmente hablando, más modelo que la latina de Nebrija, y a ella quisieron amoldar las lenguas del país. De aquí han resultado tales errores que

<sup>7</sup> El hecho de que Pimentel caracterice a la poesía azteca como “oriental” no es inocente, ya que implica un doble movimiento: por un lado, marcar la diferencia con respecto a la tradición grecolatina y, por otro, situar estas producciones como “inferiores”, siguiendo los postulados del filólogo francés Ernest Renan (1823-1892), en cuya metodología se inspira ampliamente para la elaboración de su *Cuadro descriptivo de las lenguas indígenas de México*. Para un análisis de los vínculos entre filología y raza en Renan, ver Said (1990) y Todorov (2007).

<sup>8</sup> Entre los autores que cita en la introducción del libro donde presenta su metodología se encuentran J. C. Adelung y J. S. Vater; Lorenzo Hervás y Panduro y el geógrafo Adriano Balbi. Un lugar especial ocupa el estudio comparativo de las lenguas semíticas de Ernest Renan.

es preciso *purificar* una á una cada gramática para poner en la *posible* pureza las lenguas mexicanas (1862, II: 536).<sup>9</sup>

Me interesa resaltar de ambas citas dos cuestiones: la primera es la idea de que las lenguas originarias son lenguas ya sea “muertas” o que se encuentran en vías de extinción y, por lo tanto, deben ser estudiadas bajo los criterios filológicos de los estudios de lenguas antiguas indoeuropeas y semíticas; la segunda tiene que ver con el proyecto de “purificación” de las gramáticas, con el fin de “des-latinizar” a las lenguas originarias.

En este sentido, el estudio filológico de Pimentel está íntimamente ligado a su idea de lo que debería ser la nación, por lo que no podemos deslindar este trabajo de su proyecto político y social. A diferencia de Altamirano o Ramírez, Pimentel busca, por medio de la filología comparada, mostrar que las naciones indias son muy distintas de la mexicana y que, además, estas no tienen ningún influjo en la identidad nacional.

Así, el tratado sobre las lenguas indígenas busca, mediante un trabajo sistematizado y “científico”, mostrar las diferencias entre razas y su irreductibilidad al orden nacional y a la lengua castellana que lo representa. Ahora bien, el vínculo entre raza y lengua era una relación que estaba en la base de los postulados de la filología comparativa, fuertemente ligada, en la época, con la investigación etnográfica. Basta leer el primer párrafo de la introducción de Pimentel a su tratado, en donde postula, no sólo una relación, sino una identificación entre ambos términos: “Una de las ciencias que más ha llamado la atención de los sabios de Europa de los últimos tiempos [...] es la *lingüística*, conocida también por los nombres de *Filología comparativa o etnográfica*, o simplemente *ethnografía* [...]” (1903, II: 511). Esta relación entre lengua, historia y etnografía permitirá a Pimentel mostrar cómo el territorio mexicano está poblado por distintas naciones —asimilables a lenguas y razas específicas—; y que es esta pluralidad la que impide la existencia de la nación mexicana. En ese sentido, el estudio de la lengua será fundamental. El mismo Pimentel lo señala en su ya citada introducción: a través del estudio de las lenguas, la filología permite entender la propia historia de los pueblos, el “origen de las naciones” muchas veces perdido o confuso:

muchos pueblos se encuentran mezclados unos con otros, sin saber si fueron hermanos o huéspedes, amigos o enemigos, conquistadores o conquistados. Basta

<sup>9</sup> Pimentel publica una primera versión de su estudio filológico entre 1862 y 1865, antecedida por una extensa introducción que fue eliminada por el propio autor en la segunda edición ‘definitiva’ del estudio en 2 volúmenes de 1874. Esta primera introducción fue sustituida por un prólogo mucho más breve en el que responde a las críticas realizadas a la primera edición de la obra. Es esta segunda edición la que se recoge en los tomos 1 y 2 de sus *Obras completas*.

fijar la vista en nuestro propio suelo, en México ¿cómo conocer las familias que le habitan? ¿Cómo clasificarlas? ¿Cómo saber su origen? No hay otro medio sino el estudio y clasificación de sus lenguas [...] (1903, II: 518).

Para reforzar la defensa de la filología, Pimentel cita ampliamente al geógrafo y etnógrafo Adrien Balbi, autor de un *Atlas etnográfico del globo* publicado en 1826, quien postula que el estudio de la lengua debería de ser la base para la historia y la etnografía, tal como señala Pimentel citando al etnógrafo italiano:

¿Qué es la *nación*? No se puede responder de una manera conveniente a esta pregunta [...] sin ayuda de la lingüística, pues es la única ciencia que suministra los elementos que determinan el carácter más constante que distingue a una nación de otra [...] Sólo, pues, por el examen de los idiomas que hablan los diversos pueblos de la tierra; se puede llegar al origen primitivo de las naciones que la habitan (1903, II: 518-519).

Asimismo, recurre a Pedro Felipe de Monlau para continuar con su argumento: “Un estudio de los diversos idiomas equivaldría a una historia completa universal: y si acertado estuvo Buffon al afirmar que *el estilo es el hombre*, bien puede añadirse [...], que la *lengua es la nación*” (II: 519).

Así, la descripción y sistematización de las distintas lenguas habladas por los grupos indígenas sería, para Pimentel, una forma de conocer el origen y la historia de aquellos pueblos que habitan el territorio mexicano, no asimilados (ni asimilables) al orden nacional, por tener una cultura y una lengua distintas. Pero además, este trabajo sobre el “pasado” puede leerse como el complemento del diagnóstico que Pimentel hace de la “actualidad” en su *Memoria sobre las causas que han originado la situación de la raza indígena de México y medios para remediarla* (1865), estudio sociológico sobre el presente de los pueblos indios con vistas a pensar las formas a partir de las cuales podrían integrarse estos grupos reactivos, para construir la tan deseada homogeneidad nacional. Así describe Pimentel su situación:

Mientras que los naturales guarden el estado que hoy tienen, México no puede aspirar al rango de *nación*, propiamente dicha. Nación, es una reunión de hombres que profesan creencias comunes, que están dominados por una misma idea y que tienden a un mismo fin. “Donde las costumbres, los usos, el interés y el lenguaje difieren dice un escritor no puede haber ni unión, ni fuerza ni patria; y una nación compuesta de pueblos diferentes sería en cierta manera extranjera por sí misma”. No es posible obedecer por mucho tiempo a un mismo gobierno y vivir bajo la misma ley, si no hay homogeneidad, analogía, entre los habitantes de un país. Y ¿qué analogía existe en México entre el blanco y el indio?

El primero habla castellano y francés, el segundo tiene más de cien idiomas diferentes en que da a conocer sus ideas. El blanco es católico; el indio es idólatra. El blanco es propietario; el indio es proletario.

[...] Hay dos pueblos diferentes en el mismo terreno; pero lo que es peor, dos pueblos hasta cierto punto enemigos (1903, III: 133-134).

El final de la cita muestra que, para Pimentel, los grupos indios no sólo son el ‘otro’ de la nación, sino el enemigo que la acecha desde dentro. La amenaza postulada por esta alteridad estará marcada sobre todo por tres diferencias radicales: el uso de lenguas distintas, las creencias religiosas “bárbaras” y un sistema comunal de propiedad de la tierra (1903, III: 134).

Bajo este diagnóstico, Pimentel propondrá una serie de remedios expuestos en torno a estos tres ejes: con respecto de la religión, sería necesario “catequizar” a los indios, trabajo cuya realización estaría a cargo del clero; para solucionar el problema de la desigualdad y la tenencia de la tierra sería necesario anular cualquier ley que postulara la propiedad comunal. La propuesta es simple para Pimentel: los indios debían convertirse en pequeños propietarios —la base económica del capitalismo liberal—: esto ayudaría a erradicar la explotación y permitiría al indio acceder a la igualdad, asentada por la ley: “A fin de que el indio sea propietario, proporciónesele el mismo medio de adquirir que los blancos, el *trabajo*: que la propiedad continúe siendo accesible a todos; pero nada de privilegios ni de leyes especiales que nos encierren de nuevo en el círculo fatal de las leyes de Indias [...]” (1903, III: 137). Finalmente, el tercer elemento para integrar al indio al orden nacional es la eliminación de sus costumbres y de su lengua: “Debe procurarse, por otra parte, que los indios olviden sus costumbres y hasta su idioma mismo, si fuere posible. Sólo de este modo perderán sus preocupaciones [la idolatría], y formarán con los blancos una masa homogénea, una nación verdadera. [...]” (1903, III: 139).

Este sería el “remedio” propuesto por un proyecto civilizatorio, asimilable a la aspiración de los ilustrados americanos (dejando a un lado la cuestión de la religión), donde los sistemas educativo y jurídico permitirían la inserción de los indígenas, ya “civilizados”, al orden nacional. Sin embargo, en la *Memoria*, Pimentel va a señalar “dificultades graves” en “la práctica” para llevar a cabo este proyecto. Esto por diferentes motivos: el “remedio” religioso implicaría una previa reforma del clero, muy alejado ya de los “valores” originarios y de la misión civilizatoria de los frailes durante el periodo virreinal. En cuanto a la “igualdad” entre los distintos grupos, habría primero que eliminar las “viejas” costumbres muy difíciles de desarraigar:

¿Cómo conseguir por medio de leyes sino después de mucho tiempo, que los blancos vean a los indios como iguales? No menos dificultad habría para que los indios se



desprendiesen de aquellas costumbres que tienen desde su antigüedad, costumbres que están identificadas con ellos, y sin las cuáles no podrían vivir. ¿Cómo será posible, sino después de muchos siglos, hacer olvidar al indio su idioma nativo, mejorarle el carácter, quitarle tanto error y tanta preocupación que le domina?” En resumen, uno de los problemas del “proyecto” civilizatorio vía la instrucción, es de orden pragmático: llevaría demasiado tiempo y no garantizaría que generaciones posteriores siguieran el mismo plan (1903, III: 143).

Pero, además, existe otra amenaza, más peligrosa para Pimentel: que esta instrucción no “integre” a los “indios”, sino que les dé las armas para combatir a los “blancos” desde las propias instituciones del Estado:

En fin, debemos reflexionar igualmente que la civilización puede ilustrar la mente del indio, pero acaso no mejorar su carácter. Ilustrado el indio, pero desenvolviéndose en él un talento maligno, su civilización traería males y no bienes. En la tribuna de las cámaras, en las reuniones populares hemos ya oído a los indios ilustrados vociferar contra los blancos, hemos visto a menudo, algunos abogados de color excitar a los naturales contra los propietarios, decirles que ellos son los dueños del terreno, que lo recobren por fuerza. Se ha observado también otra circunstancia: el indio degradado y envilecido hoy, levantado mañana a una grande altura, se desvanece y aturde, se vuelve arrogante, ve a todos con desprecio y con lástima (1903, III: 143-144).

Ante estas dificultades y amenazas, Pimentel llega a la conclusión de que sólo la eliminación “de raíz” de las formas de vida de los pueblos indios podría funcionar para completar el plan de unidad nacional. Ante la disyuntiva de un proyecto civilizatorio que se percibe como irrealizable, y el rechazo de la solución “norteamericana” identificada con el exterminio de estos grupos, Pimentel propone una tercera vía, la del mestizaje biológico: “Afortunadamente hay un remedio con el cual no se destruye una raza sino que sólo se modifica, y ese medio es *la transformación*. Para conseguir la transformación de los indios lo lograremos con *la inmigración europea*, cosa también que tiene dificultades que vencer; pero infinitamente menores que la civilización de la raza indígena” (1903, III: 144). Ahora, bien, este mestizaje propuesto por Pimentel sería “transitorio”: “Pero ¿la mezcla de los indios y de los blancos, dirán algunos, no produce una raza bastarda, una raza mixta que hereda los vicios de las otras? La raza mixta responderemos sería una raza de *transición*; después de poco tiempo todos llegarían a ser blancos” (III: 144). Ante esta afirmación, uno esperaría que Pimentel explicara o demostrara por qué “naturalmente” la transición llevaría a la desaparición de los rasgos indígenas. Sin embargo, más allá del debilitamiento histórico de los indios, el autor de la *Memoria* no da explicación alguna de las razones por las cuales la raza blanca

terminaría imponiéndose. El hecho de que no fuera necesaria una explicación al respecto nos indica que esta idea del “blanqueamiento natural” era una creencia generalizada, heredada desde el virreinato, como puede apreciarse, por ejemplo, en la “pintura de castas”.<sup>10</sup> Ilona Katzew ha mostrado con claridad en su estudio sobre estas representaciones pictóricas la importancia de la idea de “blanqueamiento” por medio del mestizaje entre españoles e indios en la sociedad novohispana y cómo este proceso está en la estructura organizadora de los propios cuadros:

Esa importancia de “ser blanco” queda explícitamente articulada en la pintura de castas. Cada serie está dividida en tres unidades principales [...]. El primer núcleo de pinturas se centra típicamente en la unión entre españoles e indígenas, de la que salen más españoles en la tercera generación; el segundo grupo, en la unión entre españoles y negros; y el tercero, en las combinaciones entre negro e indígenas [...]. Resulta significativo que al cabo de tres generaciones de cruces entre españoles e indígenas se tornara al polo racial blanco o español (Katzew, 2004: 49).

Katzew rastrea este argumento en otros discursos, como el tratado sobre el Orinoco de José Gumilla, quien sustenta su argumentación en la idea de que el blanqueamiento se logra a partir del cambio en la proporción de “sangre” indígena que se va eliminando poco a poco:

Y la verdad es notable la brevedad con que blanquea el color de los indios; tanto que la india que se casó con un europeo, con tal que la hija, nieta, biznieta y la chosna [*sic*] se casen con europeos, la cuarta nieta ya sale puramente blanca, y tanto cuanto lo es la francesa que nació y creció en París. En caso que sean dichos casamientos con europeos, las dichas cuatro generaciones son así:

- I. De europeo e india, sale *mestiza* } dos cuartos de cada parte.
- II. De europeo y mestiza sale *cuarterona* } cuarta parte de India.
- III. De europeo y cuarterona, sale *ochavona* } octava parte de India.
- IV. De europeo y octavona, sale *puchuela* } enteramente blanca (Katzew, 2004: 48).

Pimentel se adscribe por completo a esta idea, aunque no explicita su filiación. Pero además, refuerza el argumento con un desplazamiento discursivo, en donde la raza puede ser leída también desde la lengua, pues la forma más

<sup>10</sup> Agradezco a Rodrigo García de la Sierra por haberme señalado esta relación.

efectiva de mostrar la “superioridad de un pueblo sobre otro es por medio de la historia de las lenguas”:

Puede suceder que una nación de cierta raza conquiste á otra que no sea de la misma, y le imponga su lengua, en cuyo caso la igualdad de idioma no sería un principio legítimo para deducirla de su origen. En estos casos, debe tenerse en presente la regla de Balbi: “cuando dos idiomas se encuentran, el menos cultivado, el menos literario, se pierde, en parte ó enteramente, pues no es la conquista ni el dominio lo que introduce tal lengua en tal país: casi siempre es la superioridad relativa del idioma la que acaba por hacerle dominante, sea que pertenezca al vencedor o al vencido (1903, II: 505).

En esta “evolución” se naturaliza la creencia de que hay lenguas superiores y lenguas inferiores y que, por lo tanto, la superioridad de una lengua “muestra” la superioridad de quien la utiliza, porque la lengua está intrincada con la raza: la lengua es una muestra *historiable* de su conformación.<sup>11</sup>

Es así como el proyecto de Pimentel coincide con el de la filología comparatista europea.<sup>12</sup> De la lengua y la cultura indígena le interesa rescatar el “pasado” en tanto que momento preparatorio de la emergencia de la nación moderna. Se trata entonces de demostrar, por medio de la filología, que estamos frente a una “cultura primitiva”, premoderna, con expresiones culturales rescatables, sobre todo las de “los pueblos avanzados” como los mayas o los mexicas, pero con otros rasgos absolutamente salvajes, como los “sacrificios humanos”, muestra evidente de su barbarismo. Es por ello también que aparece una preocupación por eliminar todos los rasgos que pudieran emparentar o identificar estas lenguas con la gramática latina: sus raíces son radicalmente distintas y, por lo tanto, no identificables con las familias provenientes de las lenguas romances.

<sup>11</sup> Todorov señala en su análisis sobre la obra de Renan la idea incluso de la existencia de “razas lingüísticas”: “Lejos de separar la lengua (y la cultura) de la ‘raza’, Renan, mediante el empleo ambiguo que hace de esta última palabra legítima [...] la producción de ‘razas lingüísticas’: obra, como él lo dice, solamente de la filología, pero que no por ello dejan de ser ‘razas’ (físicas). La ‘raza lingüística’ es el torniquete que le permite hacer que ‘raza’ y lengua se comuniquen. Lejos de eliminar el concepto de ‘raza’, la obra de Renan permite que este inicie una nueva partida, puesto que es con él (y con algunos de sus contemporáneos) con quien ‘ario’ y ‘semita’ dejarán de ser términos que designen familias de lenguas, para ser aplicados a las ‘razas’” (Todorov, 2007: 172).

<sup>12</sup> Para el vínculo entre filología europea y raza sigo las propuestas de Santiago Castro Gómez (2005). Asimismo, las reflexiones de Edward Said (1990) y Tzvetan Todorov (2007) sobre filología y racismo en Ernest Renan fungieron de orientación para comprender las implicaciones del proyecto filológico de Pimentel.

Pero a diferencia de las prácticas filológicas europeas, el estudio de las lenguas indígenas de México no está pensado para construir a “contraluz” el *presente* “ilustrado” de la nación moderna (Castro Gómez, 2005: 45), pues ésta todavía no existe como tal; sino más bien, se propone en vistas de la construcción de un proyecto nacional a *futuro*: lograr, *de facto y no sólo en papel*, una nación desarrollada y homogénea. Para ello resultaba indispensable ir produciendo el borramiento, en el *presente*, de la cultura indígena porque, justamente, las guerras de castas de fines de la década de 1840 hicieron visible que esa unidad asentada en constitución de 1924 —más como un acto de voluntarismo que como una realidad—, era totalmente ilusoria, y que más bien la nación era un conglomerado heterogéneo con marcadas diferencias “raciales”.<sup>13</sup> Así, en términos de Raymond Williams, Pimentel quiere transformar en *arcaicos* los elementos que, del pasado indígena, podrían operar en forma residual, es decir, en aquellas formas que, efectivamente producidas en el pasado, todavía operaban activamente dentro de los procesos culturales y sociales del presente (Williams, 2012: 61-64).

En este sentido, el estudio filológico de las lenguas indígenas es el complemento ideal de la concepción racializada de la homogeneidad nacional propuesta por Pimentel. Y esto en un sentido doble: permite trazar la historia de los habitantes del territorio que todavía no pertenecen al orden nacional al crear un “archivo” donde la letra muerta de sus lenguas pudiera encontrar su mausoleo (así como la arqueología identifica el pasado perdido en las ruinas) y, además proponer lo que Santiago Castro Gómez identifica como una relación de “no simultaneidad” entre blancos y mestizos, por un lado, y los pueblos indios por otro que, si bien comparten territorio y temporalidad, están situados en una relación temporal asimétrica con respecto a estos (2005: 35). Así, en un mismo presente estarían operando dos temporalidades distintas: aquella iniciada con las revoluciones de independencia, la de los pueblos modernos, frente al lastre que impide la plenitud del desarrollo de la nación, representada por pueblos del pasado que no han logrado “evolucionar”. Es por esto que la insistencia de Pimentel en demostrar que las lenguas indias son “lenguas muertas” (o deberían de serlo pronto) debe entenderse como el sustento “científico” de la necesidad de dejar atrás los rasgos residuales de las culturas indias del presente.

Pimentel será uno de los primeros ideólogos del mestizaje. Sin embargo, como hemos visto, su propuesta es distinta de la idea de mestizaje que irá asentándose en el México posrevolucionario durante el siglo XX. Para encontrar la vía de esta transformación es necesario rastrear las discusiones sobre el

<sup>13</sup> Para una revisión general sobre el tema véase Henri Favre (1994) y T. G. Powell (1968).

legado indígena que tendrán lugar durante el porfiriato, ya que es durante este periodo cuando irá tomando forma la idea de la existencia de una literatura y una cultura indígenas, que dejará de ser considerada como una diferencia radical y tratará de ser integrada como uno de los orígenes, superado por el mestizaje, de la nación mexicana.

## BIBLIOGRAFÍA

- CASTRO GÓMEZ, Santiago (2005), *La Hybris del punto cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1983), “La literatura peruana: totalidad contradictoria”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 18: 53-75.
- FAVRE, Henri (1994), “Race et Nation au Mexique. De l’indépendance à la Révolution”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, XLIX. 4: 951-976.
- GARCÍA RIVAS, Heriberto (1971). *Historia de la literatura mexicana*. México: Textos Universitarios.
- GARZA CUARÓN, Beatriz (1990), “Francisco Pimentel, precursor de las historias de la literatura mexicana”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVIII.1: 265-276.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos (1928), *Historia de la literatura mexicana desde los orígenes hasta nuestros días*. México: Cultura.
- GUMILLA, José (1791), *Historia natural, civil, y geográfica de las naciones situadas en las riveras del río Orinoco y sus caudalosas vertientes*. Barcelona: Imprenta de Carlos Gibert y Tutó.
- JIMÉNEZ RUEDA, Julio (1960), *Historia de la literatura mexicana*. México: Botas.
- KATZEW, Ilona (2004), *La pintura de castas*. Barcelona: Turner.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel (1989), *Historia de la literatura mexicana. Periodo prehispánico*. México: Alhambra Mexicana.
- MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés (1909), *Los grandes problemas nacionales*. México: Imprenta Carranza e hijos.
- OSEGUERA DE CHÁVEZ, Eva Lydia (1990), *Historia de la literatura mexicana. Siglo XIX*. México: Alhambra Mexicana.
- PEÑA, Margarita (1989), *Historia de la literatura mexicana. Periodo colonial*. México: Alhambra Mexicana.
- PIMENTEL, Francisco (1862), *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*. Tomo I. México: Imprenta de Andrade y Escalante.
- (1865), *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*. Tomo II. México: Imprenta de Andrade y Escalante.

- (1885), *Historia crítica de la literatura y las ciencias desde la conquista hasta nuestros días*. México: Librería de la Enseñanza.
- (1903), *Obras completas*. Tomo II. México: Tipografía Económica.
- (1903), *Obras completas*. Tomo III. México: Tipografía Económica.
- (1903), *Obras completas*. Tomo IV. México: Tipografía Económica.
- POWELL, T. G. (1986), “Mexican Intellectuals and the Indian Question, 1876-1911”, *The Hispanic American Historical Review*, 48. 1: 19–36. *JSTOR*. Disponible en: [https://www.jstor.org/stable/2511398?seq=1#page\\_scan\\_tab\\_contents](https://www.jstor.org/stable/2511398?seq=1#page_scan_tab_contents).
- PRESCOTT, William H. (1843), *History of the Conquest of Mexico*. Londres: Richard Bentley.
- SAID, Edward (1990), “Silvestre de Sacy y Ernest Renan: la antropología racional y el laboratorio filológico”, en *Orientalismo*. María Luisa Fuentes (trad.). Lérída: Libertarias-Prodhufi, 157-185.
- SEMO, Enrique (1995), “Estudio introductorio”, en *Dos obras de Francisco Pimentel*. México: Conaculta, 11-37.
- TODOROV, Tzvetan ([1989] 2007), *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. Martí Mur Ubasart (trad.). México: Siglo XXI Editores.
- VIGIL, José María (1909), *Historia de la literatura mexicana*. México: s.e.
- WILLIAMS, Raymond (2012), *Cultura y materialismo*. Alejandro Droznez (trad.). Buenos Aires: La marca editorial.